

José Luis Montoto de Sedas

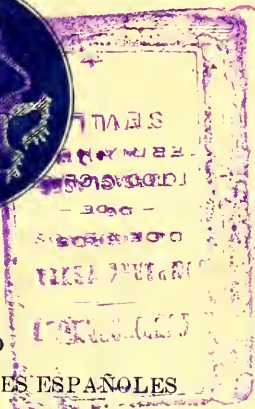


PALABRA DE HOMBRE

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros,

música del maestro


EDUARDO FUENTES



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T BORRÁS

N.º de la procedencia

2235

PALABRA DE HOMBRE

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright. 1905. by J. L. Montoto de Sedas.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PALABRA DE HOMBRE

ZARZUELA EN UN ACTO, DIVIDIDO

EN TRES CUADROS

DE

JOSÉ LUÍS MONTOTO DE SEDAS

MÚSICA DEL MAESTRO

EDUARDO FUENTES

Estrenada en el TEATRO DEL DUQUE el día 5 de
Febrero de 1915.



SEVILLA

TIPOGRAFÍA DE A. SAAVEDRA

1915



Al Sr. D. Manuel Díaz Martín,

*infatigable coleccionador de piropos andaluces
y autor de «Aires de mi tierra», su admi-
rador y amigo*

José Luís.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CARMEN.....	Sra. de la Hera.
SALUD.....	Srta. Isaura.
DOLORES.....	Sra. Roldán.
JUAN MANUEL.....	Sr. Casals.
ANTONIO.....	» Hernández.
SERAFÍN.....	» Morillo.
MANUEL.....	» Latorre.
EL PIPI.....	» Marín.
RAFAEL.....	» Roldán.
PEPE.....	» Garro.

ÉPOCA ACTUAL

Las indicaciones del lado del espectador.



PALABRA DE HOMBRE

CUADRO PRIMERO.

Barreduela en un barrio extremo de Sevilla. A la derecha, en primer término, la puerta de una casa de vecinos; dando frente al público, una ventana de la misma casa, practicable: en segundo término, la fachada de una taberna; delante de ésta tres ó cuatro mesitas de pino y junto de ellas sillas de enea. A la izquierda, en primer término, la fachada de una barbería con su correspondiente puerta, y delante de ésta un sillón: dando frente al público, y sobre la fachada una banqueta: en segundo término, la puerta de otra casa de vecinos. Es la caída de la tarde.

Al levantarse el telón, MANUEL, que es el maestro barbero y dueño de la barbería, sale por la puerta de la taberna y se dirige hacia su casa. PEPE y RAFAEL están sentados en la banqueta, el primero tocando una guitarra, y el segundo llevando el compás con un palito.

Música.

Manuel. Compare, si se volviera
manzanilla *toa* la mar,
entonces yo me embarcaba
sin temor de naufragar.

- Pepe.** Me *caigo* en los guapos
que hay en *tóa* Sevilla.
Tengo ya pensao
que esto ha de acabar;
y me da la gana
que en la población
nadie m'arce el *gayo*...
¡Para guapo yo!
- Rafael.** Tantantaran tantarira,
tantantaran tantarero;
donde se encuentre una jembra
boca abajo er mundo entero;
que cuando sale a la calle
por los barrios sevillanos,
hace perder a los hombres
por sus andares gitanos.
- Manuel.** (Por PEPE Y RAFAEL). ¡Valiente figuras
las de estos moscones!
- Pepe.** ¡Olé ya, los guapos
que tien condiciones!
- Manuel.** ¡Quién pudiera serlo,
teniendo valor!
- Rafael.** (A MANUEL). Es ustedé, maestro,
gracioso der tó.
- Manuel.** Venga manzanilla.
- Pepe.** ¡Olé, por los guapos!
- Rafael.** Mira que jechuras.
- Los tres.** Esa es la verdá.
- Manuel.** Es la manzanilla
una cosa güena
que Dios ha inventao
pá jacerno hablá.
- Pepe.** No hay en *toa* Sevilla

quien tenga mis manos
cuando en la guitarra
comienzo a tocar.

Rafael. No hay una chiquilla
que por mí no muera,
si es que algunas veces
me ha oído cantar.

Manuel. Er vino es la fija.

Rafael. No hay más que *jablá*.

Pepe. Pa mí, en la guitarra
no hay más que tocá.

Rafael. Está bien, compare.

Manuel. Van a dar las cinco.

Pepe. Márquese usté aquello.

Manuel. Lo voy a marcá. (MANUEL baila).

Los tres. { Es la manzanilla, etc.
No hay en tóa Sevilla, etc.
No hay una chiquilla, etc.
Olé.

Hablado.

Rafael. Maestro, baila usté mejó que la Imperio.

Manuel. Y tú cantas que me parece a mí que
lo que debías jacé hoy era acostarte.

Rafael. (Por PEPE). Es este arma mía que no se
ajusta.

Pepe. ¡Claro! Tú, como estás acostumbrao a que
te acompañe el *Garboso*...

Rafael. Y que lo digas; que donde está Juan
Manué tocando, boca abajo tó er mundo. (MANUEL
empieza a rasguear una malagueña como para demostrar que él también
sabe hacerlo y CARMEN canta dentro de su casa).

Carmen. Quiéreme chiquillo mío,
y bésame que estoy loca,
y dame un beso en la frente,
y dame un beso en la boca.

Manuel. Y cuando esa abre er pico, me río yo
hasta der canario más sonoro.

Pepe. Oye tú; pero ¿quién es ese fenómeno?..

Rafael. Po tú lo has dicho: un fenómeno; Carmelita, la *buena moza*, una mujé que es bonita hasta por el revés.

Pepe. ¿Esa que dicen que trae de coronilla al *Garboso*?

Rafael. ¡La misma!

Manuel. Una, que de bonita que es hace llorar que la mira.

Rafael. (A PEPE, con entusiasmo). Mira tú si será bonita, que no pué salir de su casa más que en Semana Santa.

Pepe. ¿Vá en un paso?

Rafael. Nó; pero verla y empezá a cantarle saetas, to es uno...

Manuel. (A PEPE). Qué, ¿te vas a arreglá?

Pepe. Hombre, ¿a la interperie?

Manuel. Como que si nos metemos ahí dentro, con el calor que hace vamos a gotear como las tallas.

Pepe. Ya podía usted poné un ventiladó eléctrico...

Manuel. No me hables a mí de electricidá, que me pongo nervioso.

(MANUEL entra en la barbería y sale a poco con el paño, la gofaina y los avíos de afeitar. PEPE se sienta en el sillón, como víctima que se entrega al verdugo).

Rafael. (Cantando a media voz).

«Mira tú si era bonita,
que hasta el mismo enterrador,
al mirar aquella cara,
tiró la azada y lloró.»

Pepe. Oye tú, Sirverio: me vas a jacé er favó de no hablarle ar maestro de guapos, mientras me afeita

Rafael. ¿Por qué?

Pepe Porque no quiero que me ponga la cara como un pantalón viejo, to lleno de surcidos...

Rafael. Descnida. (MANUEL sale y empieza a afeitarse a PEPE). Maestro, ¿por qué se pone usted así, en cuanto le mientan la electricidad?

Manuel. Hombre, te dire: como hoy día por los adelantos modernos de la civilización to se va haciendo por la mardita electricidad, pué que con er tiempo se afeite eléctricamente; y si ese día pierdo yo eléctricamente to los parroquianos, tú carcula...

Pepe. Po lo qu' es hoy se le han achicao a usted las rentas...

Manuel. ¿Me lo vas a dejá a debé?

Pepe. Nó, que se lo pagaré con creces; pero creo que uno de los parroquianos se va a dejá barba corria.

Manuel. Oye, ¿quién es ese?

Rafael. El Pipi.

Manuel. Es verdá que... (A PEPE). ¿Te he cortao?

Rafael. Y lo pregunta usted, que lo está viendo to los días pegao a esa ventana, como si fuera un carté de toros pñesto en una esquina.

Manuel. Te diré: yo lo he visto con un pañuelo

por la cara; pero me ha dicho que era un palo que le dió una vaca en un tentaero...

Pepe. ¡Qué gracioso!

Manuel. (A PEPE). No te rías, no sea que te corte sin querer.

Pepe. Po como me cortara, iba usté a tené que afeitá con navaja é palo.

Manuel. Y ¿qué ha sío eso der Pipi?

Rafael. Usté sabe que Juan Manué le daba lecciones de guitarra a eso que Dios ha criaio pa martirio de los hombres, y que se llama Carmen *la buena moza*.

Manuel. Lo tengo hasta orvidao...

Rafael. También sabrá usté que la mocita y Juan Manué se quieren; porque aunque él no le ha dicho na entoavía con la boca, se lo ha dao a entendé con los ojos y con las manos...

Manuel. Hombre, ¿con las manos?

Rafael. Con las manos en la guitarra. No hay más que oirlo tocá cuando está ar lao de ella, pa convencerse...

Manuel. ¡Y vaya una pareja igualita!

Rafael. Po pa abreviá: que en una fiesta de la Cruz de Mayo, en la que estaba er Pipi con su novia, Salú la *der luná*...

Manuel. ¿Esta que vive aquí junto y que en tiempo le habló a Juan Manué?

Rafael. La misma. Bueno, po estando en la fiesta, llegó Juan Manuel, y la *der luná*, al verlo... bueno, usté sabe lo que son las mujeres...

Manuel. ¡De sobra!

Rafael. Po la *der luná* empezó a timarse con él. Er Pipi, que lo vé, se hizo er lila, y cuando se acabó

la fiesta le dijo a Juan Manuel no sé que frase al oído.

Manuel. ¿Denigrante? (Enfrascado en la conversación con RAFAEL, ha dejado de afeitarse a PEPE).

Pepe. Pero, maestro, ¿me qué usted afeitó este lao, que voy a cogé reuma con la humidá der jabón? (MANUEL vuelve a afeitarse).

Rafael. (Levantándose y acercándose al maestro. Güeno, po se cogieron los dos der brazo y se fueron como unos recién casaos...

Manuel. ¿A pasá la luna de mié?

Rafael. No sé lo que pasarían; lo cierto fué, que ar día siguiente amaneció Juan Manuel en la carce.

Pepe. De donde salió esta mañana, diciendo que allí no se pué pará.

Rafael. Y er Pipi condecorao con una puñalá en la mejilla, por ser el primer guapo der barrio.

Manuel. (Acabando de afeitarse a PEPE). Despachao.

Pepe. Gracias a Dios que acabó usted er blanqueo de la fachá.

Rafael. Maestro, ¿y su compadre de usted?

Manuel. Hombre, ¿mi compare *Santolio*?

Rafael. Nó, yo digo el guardia.

Manuel. Po ese digo yo, el guardia.

Pepe. ¡Cómo dice usted, *Santolio*!

Manuel. Es que le dicen *Santolio*, porque siempre llega tarde a toas partes.

Rafael. ¿Lo han dejao cesante?

Manuel. No, pero ahora viene poco por aquí; debe tené mucho trabajo. (A PEPE). Tú no te distraiga y afloja...

Pepe. (Pagándole). Tome usted, que es usted más desconfiado que un guarda de consumo. Y ahora, de

propina, lo convió a usté a media caña. (A RAFAEL).
¿Tú quieres?

Rafael. Gracias, me estropea. (Por la garganta).

Manuel. Anda, hombre; que yo te cambiaré er vino por la tapa.

Rafael. Vamos. (Se dirigen hacia la taberna, donde entran).

Por la calle de la derecha sale SALUD, que es un capullo de rosa; se dirige hacia la casa de la derecha, y en el centro de la escena casi tropieza con SERAFÍN, un guardia del municipio, que ha salido por la calle de la izquierda.

Serafín. ¡Olé ya la gracia! Niña, ¿quiere usté decirle a su novio que se muera pronto?

Salud. No hace farta; es usté muy feo .. (Entra en la casa de la izquierda).

Serafín. (A quien no ha agradado mucho la respuesta de SALUD). ¿Feo yo..., yo feo?, y me parió mi mare en un estuche... (Baja al proscenio). Po, señó, no me cambio ahora mismo ni por el gobernadó civí; ya puedo respirá tranquilo y hasta tosé fuerte. (Tose). Pero he pasao los días que Juan Manué ha fartao der barrio con más mieo... que no digo más sino que hasta er sable tenía calambres. .

Carmen. (Asomándose a la ventana de la casa de la derecha y viendo a SERAFÍN, que está delante de ella). ¡Serafín! ¡Serafín!

Serafín. (Al verla). ¡Olé ya, la alegría der barrio y er só de esa ventana!

Carmen. ¿Ha visto usté a Juan Manué?

Serafín. Todavía nó, pero lo veré si Dios quiere.

Carmen. ¿Pero irá usté a verlo, verdá?

Serafín. ¡Nó que nó! ¡Pues no he de ir a verlo, criatura! Sin él paese que me farta una prenda del uniforme; pero gracias a Dios ya está en la

calle, pa satisfacción de usté y tranquilidad mía.

Carmen. ¿Entonces lo buscará usté y lo traerá en cuanto lo encuentre?

Serafín. Si usté quiere, ¿por qué no?

Carmen. Sí, búsquelo usté, hombre, búsquelo usté, y cuando usté lo encuentre .. le dice usté... le dice usté... (Pausa).

Serafín. ¿Conque... le digo... eso? Po sabe usté que se va a enterá pronto.

Carmen. Le dice usté... Pos sí, le dice usté... lo que usté quiera decirle de mí.

Serafín. ¿To lo que yo quiera? Mire usté que yo me pneo escurrí, y si me escurro .. y...

Carmen. Pos bien: no se escurra usté mucho; y le dice usté lo que quiera; y váyase usté ya... y vuelva pronto... (Se quita de la ventana).

Serafín. Me está dando a mí er corazón que esa gachí quiere a Juan Manué con los reaños del alma (De la taberna salen MANUEL y RAFAEL, este último canturreando, y se dirigen hacia la barbería).

Rafael. «Te quiero por que me sale de los reaños del alma».

Serafín. (Aparte). ¿Será pitorreo? (Viendo a MANUEL y RAFAEL y dirigiéndose a ellos) ¿Qué hay, señores? ¿Venimos de trabajá?

Manuel. Hombre, me parece que tú no estarás tampoco reventao... (A SERAFÍN, con interés). ¿Conque ya tenemos en la calle a Juan Manué?

Serafín. Era lógico: tenía en su favó toas las atenuantes; y aluego, po como er Pipi no volvió a curarse a la casa de socorro, po pusieron los médicos en er parte que había sanao dentro de los cinco días, y to quedó reducido a un juicio de fartas.

Rafael. Po sabe usté lo que a mí me parece.

Manuel. (Con interés y misterio). ¿Qué?

Rafael. Que er Pipi quiere meté er palo en can-
dela...

Serafín. ¿Pa qué? Pa que le peguen otra puña-
lá en el otro carrillo...

Rafael. Ustedes no me han comprendío...

Manuel. Po tú no hablas en alemán, que es lo
que no comprendemos, porque al inglés ya nos va-
mos acostumbrando...

Rafael. Quiero decir .. que er Pipi.

Manuel. El Pipi ya no es guapo .

Serafín. Hombre, con el costurón ese de la
cara...

Rafael. Eso es; y como el hombre no pelea ya
ni con su sombra.. lo que quiere es perdé a Juan
Manué...

Serafín. Po Juan Manué es un hombre con toas
las de la ley...

Manuel. Hablas como la *Biblia* nacional.

Serafín. (A RAFAEL). ¿Es que tú le has oído decí
argo al Pipi?

Rafael. Hombre, yo le oí hablar la otra noche
con Antonio er *Guapo*.

Manuel. Pero, ¿el *Guapo* ha venío?

Rafael. Sí, lo han indultao, y ya es una persona
decente.

Serafín. Y ¿quién es ese hombre?

Manuel. ¡Casi nadie! (Cogiendo a Serafín por un brazo y con
mucho misterio). Ese es un individuo que cuando esté
dando las boqueás es capá de matá a siete de una
vé...

Rafael. (A SERAFÍN). Ese es uno como pa que usté

acabe de sentá su reputación de valiente, entendiéndose con él...

Serafin. Po me está a mi pareciendo que no va a podé sé eso por ahora...

Manuel. ¿Por qué, compare?

Serafin. Porque mañana me mudan de distrito...

Juan Manuel. (Sale por la calle de la derecha y llega junto a la barbería). ¡Buenas tardes, señores!

Manuel. (Al verlo). ¡Adiós, Juan Manuel!

Rafael. (Dándole la mano). ¡Me alegro, *Garboso!*

Serafin. ¡Gracias a Dios, que te encuentro, hombre!

Juan Mannel. (A SERAFÍN). Qué, ¿has visto a Carmelita?

Serafin. Sí.

Juan Manuel. ¿Y qué?

Serafin. Ná, que la mocita está como pa meterla en un faná, y ponerla encima de la cómoda.

Juan Manuel. Pero, ¿has habla'o con ella? ¿Te ha encargao que me digas algo? ¿Le ha sentao muy mal la cosa?

Serafin. ¡Po no preguntas tú na! No te corte, hijo, y no te dé reparos é preguntá.

Juan Manuel. ¿No estás viendo que me estoy muriendo de ganas de saber de ella? (Siguen hablando bajo).

Manuel. (A RAFAEL). Me parece a mí que mi compare tiene más mieo que una vieja.

Rafael. ¡To pue sé!

Juan Manuel. ¿De veras te dijo que salía a la puerta?

Serafin. ¡Ya lo creo, hombre! (Aparte). Yo creo que saldrá a tomar el fresco. (JUAN MANUEL se dirige hacia MANUEL).

Manuel. (A JUAN MANUEL). Y ¿qué te trae por aquí?

Juan Manuel. Pos, ná. (Mirando a la ventana de CARMEN). A arreglarme er perfi, si pue sé...

Manuel. ¡Ya lo creo, que pue sé! Y mientras tanto, te contaré algo que te interesa...

Juan Manuel. Pero antes quiero saludar a tu mujer.

Manuel. Ahora mismo; y se alegrará al verte.

Juan Manuel. Hasta después. Serafín. (Entra con MANUEL en la barbería).

Serafín. Hasta luégo, Juan Manuel. (ARAFRAEL, con quien se queda hablando). De manera, que tan valiente es ese hombre...

Rafael. Yo no sé decirle a usted más que cuando él dice una cosa, es de los que la cumplen; y la prueba está en que él le hablaba a la *buena moza* antes de hacer el viaje, ese último que hizo a Ceuta.

Serafín. (Dando visibles muestras de miedo). ¿Le.. le... hablaba a... Carmelita?

Rafael. Sí, señó; y al marcharse dijo que al que se arrimara a ella lo iba a partir, como ar sarchichón.

Serafín. ¿Cómo ar... sarchi... chón? Oye, ¿tú tienes mucho que hacer?

Rafael. Yo, nó. ¿Pa qué?

Serafín. Pa que me acompañes a dar una vuelta.

Rafael. Una vuelta... ¿por dónde?

Serafín. Por el barrio; a partir corazones ..

Rafael. ¿De sandías?

Serafín. Chungueo, nó; ¿eh?

Rafael. ¿Vamos?

Serafín. Vamos a ver lo que pasa. (Se dirigen hacia la calle de la izquierda).

Rafael. ¿Ves a aquel que viene con el Pipi?

Serafín. Sí...

Rafael. Pues ese es Antonio *el Guapo*.

Serafín. ¿*El Guapo*? Na, que me mudan de distrito ó me voy a tené que meté en Capuchinos. (Van a irse, pero en el mismo momento salen ANTONIO y EL PIFI por la izquierda).

Música.

Antonio. Buenas tardes, señores.

Rafael. Muy bien venidos.

El Pifi. (Presentándolo). Este es Antonio, *el guapo*:
Rafael, *el faroles*.

Antonio. (Dándole la mano). ¿Qué tal, amigo?

Yo soy aquel que, un día
en este barrio,
era el que más valía
entre los guapos.

Rafael. Ya lo sabemos.

Serafín. (Aparte). Cuando será la hora
que nos marchemos.

Antonio. A mí no me asustaban
tunos ni guapos;
y a aquel que me estorbaba
yo lo mandaba
pa el otro barrio.

Serafín. (Aparte). Este gachó
es capaz de matarme
como a un ratón.

El Pifi. Él es así.

Rafael. Así es él.

Serafín. *(Aparte).* Gracias que cuento
con Rafael.

—

Antonio. Cuando los ojos pongo
en una mujer,
no permito que tenga
otro querer.

El Pipi. { Cuando los ojos pone
Rafael. { en una mujer,
Serafín. { no permite que tenga
 { otro querer.

El Pipi. El es así.

Rafael. Así es él.

Serafín. *(Aparte).* Yo estoy haciendo
muy mal papel.

—

Antonio. Nada me asusta,
nada me arredra,
y me tomo dos copas
cuando convenga.
Conque, señores,
tomar asiento,
y a beber unas cañas
por mi regreso.
Ese soy yo.

El Pipi. Así es él.

Serafín. *(Aparte).* Gracias que cuento
con Rafael.

Hablado.

Antonio. Conque, sentarse y pedir. *(Se sientan junto
a una mesa, en la puerta de la taberna. ANTONIO toca las palmas).*

Serafín. Hombre, yo, la verdá, de uniforme no pueo beber.

Antonio. Usté bebe; que tengo yo gusto...

Serafín. No es por hacerle a usté un feo; es que no puedo...

Antonio. ¿Nó...?

Serafín. Pero si usté se empeña, pue dejarlo pagao pa cuando termine el servicio...

Rafael. (Mediando). Pero me parece que...

Serafín. No hay más que hablar: er servicio es lo primero. Conque tanto gusto, y hasta luégo.

(Medio mntis).

Antonio. ¡Tiene gracia, este guindilla!

Serafín. ¿Quién ha dicho guindilla?

Antonio. Yo; ¿qué hay?

Serafín. No hay nada que me ofenda, si lo ha dicho usté. Hasta luégo. (Váse por la calle de la derecha).

Rafael. Hasta luégo.

(Sale por la puerta de la taberna el dependiente, y sirve unas cañas).

Juan Manuel. (Saliendo con MANUEL por la puerta de la barbería). ¿Y qué es lo que tiene usté que decirme con tanto misterio?

Manuel. Po... verás tú; es cosa der Pipi.

Juan Manuel. Me parece a mí que ese gachó está haciendo méritos pa que lo señale en el otro lao.

Manuel. Que no te se escape na, por tu salú.

Juan Manuel. Descuide usté. ¿Que dijo de mí?

Manuel. Nó, si de tí no dijo na; ni te mentó si quiera.

Juan Manuel. ¿Entonces?

Manuel. Pero habló de ella.

Juan Manuel. ¿De Carmelita?

Manuel. (Da un salto al ver la cara que ha puesto). Sí, de

Carmelita; pero serénate, que la cosa... (Siguen hablando bajo).

Antonio. Cuando yo he vuelto por aquí, mi razón tendré. .

Rafael. ¿Hay alguna cuenta pendiente?

El Pipi. ¿Alguna palabra de hombre que cumplí?

Antonio. ¡Tú lo has dicho!

Rafael. ¿Algún guapo?

Antonio. Es una mujer...

El Pipi. ¡Una mujé!

Antonio. Una mujé que tiene una cara como pa quearse dormío dándole besos; una boca más bonita que un diamante; unos ojos.. ¡cómo te diré yo!..., sus ojos... si su cara fuera un céntimo, sus ojos serían dos duros, por lo grande; su cuerpo... ¡dan ganas de ser corsé!; más graciosa que la risa de un niño, y, andando, ¡andando es una palmera movía por el airecillo de la tarde! En fin, es... ¡un piropo andando!, es. . ¡un alma andaluza!

El Pipi. No te ha fartao más que decí que cuando sale a la calle empiezan a repicá las campanas de la Girarda.

Antonio. ¿De la Girarda? ¡Si suena hasta la matracal!

Rafael. Y ¿quién es esa mocita?

Antonio. Carmelita, *la buena moza*.

El Pipi. ¿*La buena moza*?

Antonio. Qué, ¿no te gusta?

El Pipi. ¡Ya lo creo! Si esa es la única que a tí te viene que ni pintá. (Siguen hablando bajo).

Juan Manuel. (A MANUEL). ¿Eso dijo?

Manuel. Eso; pero ya te digo que no te mentó pa na ...

Juan Manuel. Gracias, Manuel; gracias por la noticia.

Manuel. Me está pareciendo a mí que me voy a tené que tomá media caña pa tranquilizarme... (JUAN MANUEL se dirige hacia la casa de la derecha).

El Pipi. (Levantándose al ver pasar a JUAN MANUEL). Vuelvo enseguida; voy a asomarme ahí dentro a ver si ha venido Salú de la fábrica (Entra en la casa de la izquierda).

Antonio. (Al ver a MANUEL que se dirige hacia la taberna). Adiós, Manuel.

Manuel. (Al ver a ANTONIO; más muerto que vivo). Me... me alegre que er viaje...

Antonio. Gracias; dos años se pasan enseguida.

Manuel. Te voy a presentá ar mejó tocaó de guitarra y er primer cortaó de cara...

Rafael. Maestro, no diga usté eso. que más que usté no hay quien corte.

Manuel. Hombre, pero yo no soy guapo, por desgracia... (Llamando a JUAN MANUEL, que se ha dirigido hacia la casa de la derecha, y está mirando a la ventana). Juan Manué, has er favó...

Antonio. (Al ver a JUAN MANUEL). Adiós, *Garboso*.

Juan Manuel. ¡Antonio! (Se dan las manos).

Antonio. Me alegre de verte bueno, hombre.

Manuel. Pero, ¿se conocen ustés?

Antonio. ¡Ya lo creo! (Cogiendo una caña y ofreciéndosela). Toma una caña

Juan Manuel. Gracias, ahora tengo que hacer; pero ya tomaremos un ciento, si es preciso, porque creo que no tengo que probarte que en to los terrenos estoy a tu disposición.

Antonio. Gracias, *Garboso*.

Juan Manuel. Hasta después, *Guapo*. Hasta lué-

go. señores. (Váse JUAN MANUEL por la calle de la derecha).

Manuel. Ese es un valiente.

Antonio. Un valiente y un buen amigo, a quien le debo yo la vida, y no me da reparo decirlo...

Manuel. ¿La vida?

Antonio. Sí, la vida; y desde entonces le tengo dao mi palabra de hombre. Cuando me la pida, se la doy; pues no quiero deberle na a nadie. Pero estas son cosas que a ninguno les importan, más que a los dos... Conque, hablemos de otra cosa. (El maestro hace un movimiento de extrañeza). (A MANUEL). ¿Y tu mujer sigue tan afisioná a las entregas?

Manuel. Ah! Más entoavía. No deja de leer ni un minuto.

Rafael. Cuando no está er maestro en su casa y llega un amigo a preguntarle cualquier cosa, ella, na, la entrega, y sin contestarle.

Manuel. Siempre ha teñío ese deferto

Rafael. Hasta que llega er maestro.

El Pipi. (Saliendo de la casa de la izquierda y llegando donde está Antonio). Luego dicen que se busca uno una ruína.

Antonio. ¿Qué te pasa, hombre?

El Pipi. ¡Qué ha de ser! Que he peleao con Salú.

Rafael. No te apures por eso.

El Pipi. Pero, hombre, ¿tan feo soy?

Manuel. (Sin darse cuenta). Tú no te has mirao al espejo.

El Pipi. (Haciendo ademan de sacar un arna). Te vale que estás bebío y que no traigo herramienta, que si no...

Antonio. (Mediando). ¡Vamos, hombre!

Manuel. Hasta ahora; que creo que mi mujé ha acabao una entrega, y tengo que preguntarle una COSA. (Váse MANUEL y entra en la barbería).

El Pipi. Ya pue agradecé a Dios que ha dao conmigo; que si no, ya estaba aquí el juez de guardia pa levantar su cadáver.

Antonio. Rafael, ¿jugamos un rentoy?

Rafael. Por mí...

Antonio. Pos andando, y. . . cuidao (Se levantan y se dirigen hacia la taberna, donde entran) con los faroles; que yo los apago ensegúa.

Manuel. (Saliendo de la barbería y cogiendo el sillón y la banqueta, y metiéndolos dentro) Por esta tarde se acabó; que paese que tengo electricidá en las manos.

(Antes que MANUEL diga las anteriores frases, han salido por la puerta de la casa de la derecha DOLORES y CARMEN, cada una con una silla, y se han sentado, dando frente al público).

Dolores. Me parece a mí que tú te vas tomando más caló der preciso por las cosas de Juan Manuel.

Carmen. Nó, mare, nó.

Dolores. Sí, hija, sí. Desde que te has enterao de que ese hombre está ya en la calle, no se lo que te pasa; parece que lo tienes metío dentro del alma.

Carmen. Eso sí que nó. Usté sabe muy bien que antes de hacerle una mala partía a ese hombre soy capaz...

Dolores. ¿Es que le vas a tener miedo a ese sinvergüenza?

Carmen. Nó; pero aunque me esté muriendo por Juan Manuel, y aunque lo tenga enroscao en er corazón y no deje de pensar un momento en él, tengo que beberme mis lágrimas, porque... ¿con qué cara le digo?... porque al hombre que yo quiero, no lo engaño; y aunque dicen que el alma andaluza orvía y perdona, y él... Pero, nó, prefiero sufrí en silencio y aparentá a los ojos de to er mundo que

tengo buen humó y hasta gana de tocá la guitarra.

Dolores. ¿La guitarra? ¡Y no la coges desde que le pasó lo que le pasó a ese hombre!

Carmen. Pos traigala usté; que voy a tocá hasta que sarga el alba.

Dolores. Ahora mismo. *(Entra en la casa de la derecha).*

Manuel. *(Saliendo de la barbería y dirigiéndose a la taberna, donde entra).* Er vino me hace el eferto de la tila.

Carmen. Tiene razón mi mare: Juan Manué me quita el sueño.

Juan Manuel. *(Saliendo por la calle de la derecha y llegando donde está CARMEN).* Buenas tardes, niña.

Carmen. *(Que no ha visto a JUAN MANUEL hasta que habla).* ¡Po si es Juan Manué!

Juan Manuel. ¿Po quién quería usté que fuera? ¿Esperaba usté a otro, quizás?

Carmen. Yo no tengo que esperá a nadie.

Juan Manuel. ¿A... nadie?

Carmen. A nadie, nó: esperaba a un amigo de Serafín, que me dijo que iba a vení.

Juan Manuel. Y ¿esa silla es pa el amigo? *(Por la silla en que estaba sentada antes DOLORES).*

Carmen. Esa silla es pa mi mare, pero pue sentarse el amigo, si quiere y está cansao.

Juan Manuel. Po, miste, se va a sentá. *(Se sienta).* No por na, sino por estar ar lao de usté; y si fuera presiso pa eso está corgao de un trapesio por los pies, se corgaba este cura.

Carmen. ¡Jesús, hijo, y cómo viene usté hoy!

Juan Manuel. Como que de esta tarde no pasa, Carmelita.

Carmen. ¿El qué?

Juan Manuel. El que usté me conteste, sin irse

por otro lao, como hace usted siempre, a lo que le voy a decí.

Carmen. Po empiece usted ya, no sea cosa que se le orvíe lo que me tiene usted que decí.

Juan Manuel. Po mire usted, Carmelita, yo .. yo la estoy queriendo a usted más que al sol que calienta, y más que al agua que bebo, y más que al aire que respiro, y la tengo metía aquí dentro, con el cielo en la cara, las estrellas en los ojos y derramando gracia.

Carmen. Bueno, hombre, bueno está ya, porque si no... ¿qué va usted a dejá pa los días de fiesta?

Juan Manuel. Es que la quiero a usted más...

Carmen. Que al agua que bebe, al aire que respira y al sol que calienta. Pero en este mundo to lo que se quiere no se pué, Juan Manuel.

Juan Manuel. Estoy pensando...

Carmen. No piense usted ná. Yo le podía decir algo que fuera de su gusto.

Juan Manuel. Po dígamelo usted ya; porque si no, voy a rompé en una arferesía.

Carmen. Pues... le puedo prometer a usted, y se lo prometo con toas las veritas de mi alma, que a mí no me ha de gustá ningún hombre mientras exista usted en el mundo, y que por mo de ninguno le doy a usted un disgusto.

Juan Manuel. ¿Pero ..?

Carmen. No me pregunte usted más y dese por contento; y si no se alegra esa cara, es porque es usted un agonioso de cuerpo entero.

Dolores. (Saliendo por la puerta de la casa de la derecha con una guitarra en la mano). ¡Digo, po si está aquí Juan Ma-

nuell! ¡Y qué ganitas teníamos de verlo! Está usted más gordo y... hasta de mejor color.

Carmen. ¿Y cómo lo ha pasao usted por ahí?

Juan Manuel. No mu bien, que digamos; pero yo quisiera haberme podido quedar allí pa siempre.

Dolores. Po lo que toca a nosotras, bastante que lo hemos echao de menos.

Carmen. Verdá que sí. Desde que no viene usted, no se desenfunda la guitarra; y antes de que usted llegara fué mi madre por ella, para que cuando usted viniera tocara algo.

Juan Manuel. ¿Pa que yo tocara algo?

Carmen. ¡Pues, es claro! (A DOLORES). Madre, sa- que usted otra silla; que ya no crece usted con la edá que tiene.

Dolores. Así estoy bien.

Juan Manuel. ¿Y qué quiere usted que toque?

Carmen. Lo que a usted se le ocurra.

Juan Manuel. Yo toco, pero a condición de que tiene usted también que cantá.

Carmen. ¡Pos ya lo creo! ¿A qué voy a disgustar a usted por tan poquilla cosa?

Música.

(JUAN MANUEL toca la guitarra y CARMEN canta).

Carmen. Quiéreme chiquillo mío,
y bésame que estoy loca,
y dame un beso en la frente,
y dame un beso en la boca.
Dame el fuego de tus ojos,
dame un beso y un abrazo,
dame el calor de tu cuerpo
y estréchame entre tus brazos.

Compañerito del alma,
desde que te conocí,
tengo perdía la calma.
de tanto pensar en tí.
Que sin tí, en el mundo,
no hay pa mí alegría,
ni me importa naide
estando tú siempre
a la vera mía.

Quiéreme chiquillo mío, etc.

Hablado.

Juan Manuel. ¡Bendita sea esa boquita de piñón!

(Al acabar el número llega Salud, que ha salido por la puerta de la casa de la izquierda).

Salud. Buenas tardes.

Carmen. Adiós, chiquilla.

Juan Manuel. (Levantándose al ver a Salud). Bueno, me voy a dar un vistazo a la clientela, que...

Salud. ¿Se va usted porque he venido yo? Miste que no le guardo rencó.

Juan Manuel. Si no me lo pue usted tené, porque por no dejarla viuda no lo dejé en el sitio.

Salud. (Despreciativamente). Gracias. (Va a hablar con Dolores).

Juan Manuel. (A CARMEN). Con que miste que la quiero más...

Carmen. Y yo a usted...

Juan Manuel. (Con entusiasmo). ¿Y usted a mí? ¡Bendita sea!...

Carmen. Pare usted, cristiano. . Y yo a uste lo aprecio.

Juan Manuel. Es que yo no pueo seguir viviendo así, con este estira y afloja; porque un día le gusta a usté un hombre... y ese día me pierdo pa siempre.

Carmen. Po eso no lo quiero yo tampoco.

Salud. (Dirigiéndose a CARMEN y JUAN MANUEL). ¿Pero esa despedía no se acaba nunca? ..

Juan Manuel. Ya mismo. (A CARMEN). ¿Manda usté otra cosa?

Carmen. ¿Vendrá usté mañana?

Juan Manuel. ¿Me dirá usté lo mismo?

Carmen. ¡Quién sabe!

Juan Manuel. Entonces... entonces vuelvo. (Váse por la calle de la izquierda. CARMEN coge la guitarra de encima de la silla y se la da a DOLORES).

Carmen. Tome usté, mare, y tenga usté cuidao no se destemple. (Váse DOLORES por la puerta de la casa de la derecha, llevándose la guitarra).

Carmen. (A SALUD). Vaya una entrá que has tenío.

Salud. Dispensa, mujé; pero como no me traje tarjeta, he tenío que privarte der gusto de charlar con tu Juan Manué.

Carmen. ¡Con mi Juan Manué! ¿Qué es lo que estás tú diciendo? ..

Salud. Lo que oyes; ¡con tu Juan Manué! Si eso lo sabe to er mundo: que me dejó a mí porque tú te metiste por medio.

Carmen. ¡Yo!

Salud. Pero eso a mí me tiene sin cuidao. A mí lo que me duele es que por causa suya me voy a tené que casá con una carcomanía. ¡Porque tienes que verle la cara, ahora que se ha quitao la venda!

Carmen. Tienes más que mandarlo a tomar el fresco.

Salud. Es que creo que no va a poder ser.

Carmen. ¿Por qué?

Salud. ¡Mujé, por la ley de accidentes der trabajo; tendré que indemnizarle!

Carmen. ¡Verdá: que como no trabaja más que en quererte y tú tuviste la culpa!...

Salud. ¿Yo?

Carmen. Sí, tú: porque si no te hubiera quedao hirnotizá.

Salud. ¿Hirnotizá?

Carmen. Sí: hirnotizá mirando a Juan Manué; a estas horas no tendrías al tuyo con tu descouchao en la cara.

Dolores (Que sale por la puerta de la casa de la derecha). Vamos a ver, ¿qué pasa?

Carmen. ¡A ésta, que no la dejan vivir los achares!

Salud. ¿A mí?

Carmen. ¡A tí!...

Salud. ¡Diga tísté que nó! Que lo que pasa es que yo vengo a tomar el fresco, y ésta quiere que tome una sofocación. (Siguen hablando bajo las tres)

El Pipi. (Saliendo de la taberna con Antonio). Tú lo que debes de hacer es hablarle al alma; que ya verás como ella se ablanda, y si no... te impones por la fuerza, como tú sabes hacerlo.

Antonio. Mira, Pipi, te voy a ser franco: ¿tú ves to lo guapo que soy pa los hombres?... pues no pueo ver llorá a uua mujé.

El Pipi. Pero, hombre, una mujé a quien va uno a hacerle un favó, se va a echá a llorá. . Te dará las gracias.

Antonio. Es que yo la conozco bien; no ves que. . le hablé antes de aquello.

El Pipi. Eso no le hace. (Señalando hacia donde están CARMEN, SALUD y DOLORES). Mírala, allí está.

Antonio. ¿Quién es la otra que está con ella?

El Pipi. Su madre.

Antonio. ¡Nó; yo digo la otra!

El Pipi. ¿La otra? La mía.

Antonio. Nó, la tuya nó, la otra.

El Pipi. ¡Po eso digo, la mía, mi novia!

Antonio. ¡Acabaca!

Dolores. (Viendo a ANTONIO). ¡Qué barbaridá y qué poca vergüenza!

Carmen. Déjelo ustedé, madre.

Salud. ¡Digo, y viene hacia aquí!

Antonio. (Acercándose). Joven, ¿me hace ustedé er favó?

Dolores. (A SALUD). ¡Pero qué granuja!

Carmen. (Resuelta se acerca a ANTONIO). ¿Qué se le ofrece a ustedé?

Antonio. A tí te extrañará er que yo...

Carmen. La verdad, me extraña; porque no sé que se le haya perdido na por aquí, después de lo que ustedé se llevó.

Antonio. Créeme; que hasta he pensao morirme de vergüenza.

Carmen. Y, claro, ¿no ha podido ustedé morirse?

Antonio. Por los ojos de mi cara que es verdá lo que digo.

Carmen. ¡Si no lo dudo!

Antonio. Es que estoy dispuesto a repará la farta, casándome contigo.

Carmen. ¿Qué dice ustedé? (Signen hablando).

Salud. (A DOLORES). ¿Vé ustedé, señá Dolores? A mí me hace gracia Antonio.

Dolores. Pues yo no lo quiero ver ni en pintura: se ha portao muy malitamente con nosotras.

Antonio. (A CARMEN). Piénsalo bien, chiquilla.

Carmen. Ya lo tengo pensao.

Antonio. A pesar de to, piénsalo bien; y si es que estás decidida a dejá er mundo, bueno; pero si es que tienes puesto los ojos en algún hombre, te doy palabra que er que sea no te vuelve a mirar mientras yo viva. Y lo dicho es una escritura. Conque hasta luégo. (Va donde está El Pipi).

Carmen. (Llorando). ¡Hasta nunca!

Salud. (A CARMEN). ¡Cuidao que eres tonta! ¡Pues no tomas tú las cosas muy a pecho!

Dolores. ¿Lo ves, hija?

El Pipi. (A ANTONIO). ¿No te lo decía yo?

Antonio. Eso, nó. A mí me ha contestao ella de ese modo... porque estará otro por medio.

El Pipi. Pues el único que puede estar ahí, después de tu palabra, es un guapo.

Antonio. Me alegro.

El Pipi. Y como tú te empeñes en buscarlo, lo encuentras. Cuando él se ha atrevido a poner los ojos en esa mujer, es porque es de los hombres que acuden a todos los terrenos.

Antonio. Po no digas más: a mí me gusta roer la carne de valiente.

El Pipi. (Al irse con ANTONIO por la calle de la derecha). Este lo mata. (Mirando a SALUD). Y esa me mata a mí. Ah!

Salud. (A EL PIPI). Ah! (A CARMEN). ¿De veras que no te importa na Antonio?

Carmen. Na. ¿Por qué?

Salud. Porque me he estao fijando en él, y tiene una cosa en la cara ese hombre..., y una cosa en los

ojos. ., y una cosa... vamos, que a mí me han hecho gracia sus cosas, y..., ¡vamos!, que no tendría inconveniente en arreglarme con él.

Juan Manuel. (Saliendo por la calle de la izquierda. Viene algo descompuesto, y llega donde está CARMEN). ¿Quién acaba de irse de aquí?

Carmen. (Recobrando la calma). Primero, ¿díganos ustedé quién es y qué títulos tiene para llegar de ese modo y preguntá de esa manera lo que no le importa?

Salud. ¡Si parece un fiscá!

Juan Manuel. Es verdá: no son maneras, ni me importa. Pero me han dicho que un hombre... y ese...

Salud. ¡Vamos, Juan Manuel!

Juan Manuel. ¡Es verdad! ¿Quién soy yo? Un desgraciao ar que se pue aguantar, mientras llega otro que valga más que él. Tienen ustedes razón: yo no soy nadie.

Dolores. ¡Pero, Juan Manué, refrésquese ustedé! ¿Qué ha pasao pa que se ponga ustedé así?

Juan Manuel. Nó; no ha pasao na. Que yo me pensaba que era alguien, y me acabo de enterá que yo no valgo na y que aquí estoy estorbando.

Dolores. ¡Eso no!...

Carmen. Déjelo ustedé, madre; déjelo ustedé, que se crea lo que quiera; y si se quiere ir, que se vaya, y si no quiere venir más, que no venga.

Juan Manuel. ¡Carmen!... Quedarse con Dios. (Váse por la calle de la izquierda, entre abatido y desesperado).

Salud. (A CARMEN). ¡Cualquiera te eñtiende!

Carmen. (Llorando). ¡Si lo quiero!...

Dolores. Pero, por Dios, hija, ¿no ves que te estás matando?

Carmen. Deje usted que me mate; dejeme usted que me muera.

Salud. Entonces ¿por qué has consentido que ese hombre se vaya?

Carmen. ¿Por qué será? Porque no quiero que me lo maten, ni que él mate a nadie .. más que a mí, y de pena (Abrazando a DOLORES). ¡Ay, mi Juan Manué! ¡Ay, madre, cuánto lo quiero! (SALUD hace ademán de que CARMEN no está buena de la cabeza).

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Telón corto. Calle con la puerta de entrada a una taberna. Es de noche.

(Al levantarse el telón. ANTONIO y EL PIPÍ salen por la derecha).

Antonio. Pero... ¿no serán cosas tuyas?

El Pipi. ¡Cosas mías! Yo quisiera encontrarme ahora en tu pellejo.

Antonio. Y ¿cómo pue ser eso?

El Pipi. Ahí lo tienes; se conoce que la mocita ha reflexionao y ha comprendío que entre el otro y tú hay diferencia.

Antonio. Entonces, ¿por qué me contestó y me dijo lo que me dijo?

El Pipi. Hombre, te contestó de esa manera... por hacer el papé...

Antonio. ¿Cómo por hacer el papel?

El Pipi. Tú calcula que una mujé, que medio se estima y medio merece la pena, nunca dice quiero, ar primer envío, y mucho menos si la coge desprevenía. La prueba es que me han buscao a mí pa que te diga que vayas.

Antonio. Pero... ¿que fuera esta noche?

El Pipi. Pues... ¿pa cuándo lo vas a dejá?

Antonio. Pero... ¿te lo ha dicho ella?

El Pipi. Me lo ha dicho su prima, que es iguá.

(Con intención.). Estas cosas no vienen nunca directas.

Antonio. Po no digas más. Vamos a tomá unas cañas en celebración del arreglo.

El Pipi. Luégo las tomaremos; no sea cosa que la mocita se cause de esperá.

Antonio. Hasta luégo, Pipi. (Váse por el lado de la izquierda).

El Pipi. Hasta luégo. . y buena mano derecha. O una de dos: ó Juan Manué se va der barrio, en cuyo caso soy yo er primer guapo, ó tiene que pelear con Antonio, si no quiere pasar por cobarde a los ojos de to er mundo; y Antonio se lo carga, porque Antonio no es manco. (Entra en la taberna. Por la derecha sale SERAFÍN).

Serafín. Lo que son las mujeres... Tropezó conmigo, me llamó feo, y a la media hora bebe los vientos por mi persona. Yo creo que es el uniforme que las sugiestiona. (Al ver a MANUEL, que sale por la izquierda con unos libros en la mano). ¿Dónde va usted, maestro?

Manuel. A tomá una poca de tila.

Serafín. ¿De tila?

Manuel. De vino, que a mí me hace el efecto de la tila; porque me aplaca los nervios. ¿Y usted qué hace por aquí, compare?

Serafín. (Con aire de conquistador). Casi na... Aquí estoy esperando a la der *luná*.

Manuel. ¿Pero?...

Serafín. Las cosas... Empezó... por pitorreo, como empiezan estas cosas; me sacó la lengua; yo... se la saqué también; que era como decirle... que tenía ganas de conversación, y. . ¿sabe usted lo que me dijo?

Manuel. ¿Que se la metiera usted en el... bolsillo?

Serafín. Me dijo... que tomase una purga, que la tenía mu blanca. Como usted ve, se interesa por mi salud; que ya es argo.

Manuel. ¡Ya lo creo!

Serafín. Luégo me suplicó que la acompañara; y ahí, ahí, ha entrao en una casa...

Manuel. Diga usted, compadre, ¿y no sería lo de la compañía, porque le daba miedo de venir sola?

Serafín. Hombre, ahora caigo en la cuenta de que también pue ser eso; y sabe usted que no me haría ninguna gracia...

Manuel. Como que las mujeres le dan coba a una bombilla eléctrica. (Enseñándole los libros). Miste cómo voy yo.

Serafín. ¿Qué lleva usted ahí?

Manuel. Guapos.

Serafín. ¿Guapos?

Manuel. Pero guapos der to: «Los siete niños de Ecija».

Serafín. ¡Olé los hombres!

Manuel. «Diego Corriente ó el bandido generoso».

Serafín. ¡Un tío con toa la barba!

Manuel. «Luís Candela» y «José María, el rey de Sierra Morena».

Serafín. ¡Otro tío!

Manuel. Creo que no se me olvida ninguno.

Serafín. Y ¿to se los va a leer la maestra?

Manuel. Y si no los lee ella, se los leo yo, pa que se entere bien.

Serafín. Pero, compadre, ¿se ha aficionao usted también?

Manuel. Nó; pero me ha dicho esta tarde que vamos a tené sucesión, y ese, ese sale guapo.

Serafín. Pues... escuche usted y tome nota de lo que le voy a decí pa que le resulte a usted un guapo con toa la barba.

Música.

Serafín. Pa que le resulte guapo,
el niño que va a nacer,
hacen faltas varias cosas
que voy a decirle a usted

Manuel. Diga usted, compadre,
¿qué tengo que hacer
pa que el chico sea
un guapo, chipén?

Serafín. Lo primera es que la madre
esté bien impresionada:
debe de llevarla al cine
para que vea los dramas.
Debe de ver a Fantomas,
debe ver asesinatos,
y todas aquellas cintas
en que maten hasta el gato.

—
Luego que nazca la criatura,
como la cosa es natural,
debe ponerle ama de cría,
que sea casera de algún corral;
una mujer con tesón,
y dará su resultado
que el niño tendrá valor,
un valor acreditado.

—
Si se ha de fortalecer,
debe usted de procurar,
cuando lo destete usted,
bañarlo con aguarrás.

—

Debe buscarle una escuela
donde el maestro no cobre,
que es una enseñanza buena,
y aprenderá a hacerse hombre.

Debe llevarlo a los toros,
para que vea torear
al Gallito y al Belmonte
y al Moreno de Alcalá.

Luego que haya estudiado,
lo deben de colocar
en valores declarados,
con lo que resultará
con tanto valor,
que el niño será
el guapo mejor
que en el barrio habrá.

Hablado.

Manuel. ¿De manera que con eso está usted seguro de que será guapo?

Serafín. ¡Hombre, eso creo yo! Pero si con to eso no resultara lo que usted quiere, será porque en vez de niño saldrá una niña.

Manuel. Tiene usted razones pa to; y si convenciera usted a mi mujé...

Serafín. Su mujé de usted está ya más que convencía.

Salud. (Sale por la derecha). ¡Serafín!

Serafín. (A MANUEL). ¿Lo ve usted, compadre? No pue pasá sin mí. Hasta' ahora.

Manuel. Yo me voy a liar con la tila. (Entra en la taberna).

Serafin. (Llegando junto a SALUD). ¿Qué le pasa a usted, reina?

Salud. Lo que usted no se puede imaginar. ¡Qué tragedia! ¡Qué lástima!

Serafin. Pero.. ¿lástima de qué?

Salud. ¿Usted no está enterado de na?

Serafin. Soy guardia.

Salud. ¿Y qué?

Serafin. Que los guardias son los últimos que se enteran de lo que pasa.

Salud. Pues me acaban de decir que esta noche, en el barrio, va a haber una arriá de sangre.

Serafin. ¡Caracoles! Pero, ¿qué pasa?

Salud. Casi na: que Antonio el *Guapo* ha dicho que no consiente que ningún hombre le hable a Carmelita; y como usted sabe que Juan Manué...

Serafin. ¡Ya lo creo!

Salud. Pero, no es eso sólo: también ha dicho que a to los amigos del hombre que le roba su querer...

Serafin. ¿Qué les pasa a los amigos?

Salud. Que a todos juntos los va a pasar de parte a parte.

Serafin. ¿A pasá? ¡Ay!

Salud. ¿Qué le pasa a usted?

Serafin. Na; un calambre que me ha dao en la hebilla der cinturón.

Salud. Y como usted es la única autoridad competente que puede imponerse en el barrio, he pensado que usted debe buscar al *Guapo*...

Serafin. ¡Buscar al *Guapo*!... ¿Yo?...

Salud. Sí; y por las buenas quitarle eso de la cabeza.

Serafin. Por... por... las buenas...

Salud. O por las malas.

Serafin. ¿Por las... malas? Mire usted, Salú: yo.. la verdá, creo que la autoridá no debe intervenir hasta que pase lo . . que pase; no me pase a mí, que también me pase, y pase lo que yo no quiero que pase.

Salud. Lo que parece es que tiene usted miedo.

Serafin. Miedo, no; pero una poquilla de aprensión, sí; porque temo que me dé un calambre de esos que a mí me dan, y...

Salud. Bueno, ya está usted prevenío; conque me voy.

Serafin. ¿No me deja usted que le acompañe?

Salud. Gracias; no quiero que me digan donde voy, lo que me han dicho ahí cuando me vieron llegar con usted.

Serafin. ¿Qué le han dicho?

Salud. Que si venía con el *Santolio*.

Serafin. ¡Maldita sea!

Salud. Conque usted verá lo que hace. (Váse por la izquierda).

Serafin. Lo que hago es darle coba a mi compadre y ve desde su casa lo que suceda en la calle; porque no es que yo tenga miedo de que ese hombre me pase... Si no fuera más que por eso, no me daría cuidao; pero, ¿y si después de pasarme se le ocurre tirarse a matá y me cogelos blandos?... Nada; que tiene razón mi compadre: hay que tomar tila. (Se dirige a la taberna, donde entra). ¡A ver! Media con seltz.

Juan Manuel. (Saliendo por la izquierda). Na; que pare-

ce que se lo ha tragao la tierra. (EL PIPÍ sale de la taberna).
Oye, Pipi, cuando tú tengas que decir algo de mí, me lo dices cara a cara; ¿te enteras?

El Pipi. ¡Yo!

Juan Manuel. Sí, tú. ¿Qué le dijiste al *Guapo* la otra noche?

El Pipi. ¿La otra noche?

Juan Manuel. Sí; no te hagas de nuevas ahora, porque lo sé to.

El Pipi. Po si lo sabes, ¿a qué me lo preguntas?

Juan Manuel. Te lo pregunto, porque quiero ver si eres capaz de repetirlo. Pero ya veo que eres un mosquito trompetero.

El Pipi. ¿Yo mosquito?

Juan Manuel. Y trompetero, que son los peores; pero te advierto que para los volatiles como tú uso yo un mosquitero con punta, que ya tú conoces,

El Pipi. Es que yo...

Juan Manuel. Si ya te conozco, y sé que te vas de la trompeta sin saber lo que dices, ni el daño que haces.

El Pipi. Hombre, me parece que la cosa no tiene na de particulá.

Juan Manuel. ¿Na de particulá?

El Pipi. Na; porque entre hombres yo creo que se puede hablar de mujeres; y si hablé de Carmelita...

Juan Manuel. ¿De Carmelita?

El Pipi. Sí, de Carmelita... fué porque el *Guapo*, que le habló de novio antes de que le pasara lo que le pasó, me dijo que quería arreglarse con ella otra vez.

Juan Manuel. ¿Y se ha arreglao?

El Pipi. Me parece mucho preguntá eso; pero, en fin, te diré que creo que eso es pan comío.

Juan Manuel. ¿Eso crees tú?

El Pipi. No es que lo crea, sino que lo aseguro.

Juan Manuel. ¡Eso es mentira!

El Pipi. Mentira será, pero ahora mismo estará de palique con ella por la ventana de su casa; conque me parece que las señas no pueden ser más...

Juan Manuel. Po como sea verdá eso, veremos quien es el guapo que se la lleva. (Vase por la izquierda).

El Pipi. (Por Juan Manuel). A ese me lo quité de enmedio. (Vase por la derecha. Por la puerta de la taberna salen MANUEL y SERAFÍN).

Manuel. To eso está mu bien, pero antes tenemos que ir a comprar a Fantomas; que ese sí que era guapo. (Dentro de la taberna se oyen voces de ¡guardia!, ¡que se matan!). Compadre, que lo llaman a usted.

Serafin. ¿Que me llaman? ¡Me he quedao sordo! (Vase por la derecha).

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

La misma decoración del cuadro primero, con la diferencia de que faltan en la escena el sillón de la barbería y la banqueta. Es de noche, y está encendida una luz de la calle.

Al levantarse el telón están en escena, sentadas delante de la puerta de la casa de la derecha, CARMEN y SALUD. Por la izquierda salen PEPE y RAFAEL: el primero lleva una guitarra al brazo).

Pepe. (A RAFAEL.) ¡Mira tú que se necesita ser cobarde pa eso!

Rafael. Oye, ¿y le ha dicho ar *Guapo* que el que está por medio es Juan Manué?

Pepe. Nó; él sabe lo que hace. No ves tú que si se lo dice, Antonio es capá de quitarse de enmedio. .

Rafael. ¿No será por miedo?

Pepe. ¡Qué ha de ser por miedo! Si Antonio el *Guapo* es de los hombres que mejor tiran la navaja; y aluego tiene la ventaja de que la juega con las dos manos.

Rafael. ¿Con las dos manos?

Pepe. Con la derecha no hay quien le gane, y con la izquierda hace lo que el primero. Pero creo que tiene una palabra de hombre empená con Juan Manué.

Rafael. Es verdá; que se lo he oído decir.

Pepe. Después de tó, me está pareciendo a mí que, como se descubra la cosa, el que va a salir perdiendo es el Pipi.

Rafael. Eso creo yo también. (Entran en la taberna, canturreando una copla RAFAEL).

Salud. (A CARMEN). Pues sí, hija, estuve hablando con Serafín, el guardia, y, tratado de cerca, me resulta muy simpático.

Carmen. ¡Sí que lo es!

Salud. Y tiene gracia, y... vamos que si no fuese por eso de que le digan a una ¡ahí va la del *Santolio!*, quizás que...

Carmen. ¡Vamos; que a tí ahora te van a gustar todos los que veas!

Salud. Mujé, comprende que a mí lo que me hace farta, por lo pronto, es un hombre que me quite de encima al Pipi. No te has fijao en que con la raja esa de la cara se parece una arcancia. En fin, me voy, que van a dar las doce y quiero levantarme temprano, a ver si me encuentro a un muchacho muy simpático que trabaja junto a mi fábrica y que me ha pedío la conversación pa mañana.

Carmen. Me alegraré que te arregles con él.

Salud. Y yo .. Hasta mañana.

Carmen. Adiós. (Váse SALUD y entra en la casa de la izquierda). No se me cae Juan Manué de la imaginación; por más que quiero olvidarlo, no puedo... Me dan ganas de decírselo tó de una ve, pa salir de dudas, y...

Manuel. (Saliendo con SERAFÍN por la izquierda, éste trae en la mano un cartucho de pescado frito). Nada, compadre; que es usté el hombre del día.

Serafín. De la noche, por desgracia. ¡Miste que la horita de servicio que tengo!: de seis de la tarde a seis de la mañana; servicio extraordinario, como los ferrocarriles.

Carmen. En fin, meteremos las sillas dentro y esperaré en la ventana. Pero, ¿quién está ahí?

Manuel. Ahora, compadre, nos comeremos tranquilos los pedacitos, y después... que sea lo que Dios quiera.

Serafín. ¡Y que los voy a comer con ganas! Figúrese usted, que de nervioso que me puse a prima noche, por no haber podido encontrar a *Guapo*, no he podido comer...

Manuel. Pues, nada, tranquilidad y apetito.... (Se dirige hacia la barbería, donde entra MANUEL).

Carmen. Quizás Serafín sepa algo. (Llamándolo). ¡Serafín!

Serafín. ¡Voy! (A MANUEL). No cierre usted la puerta; que enseguida voy, compare.

Carmen. (A SERAFÍN). ¿Ha visto usted a Juan Manuel?

Serafín. Nó, no lo he visto; y quiera Dios que no parezca esta noche por el barrio, porque...

Carmen. ¿Pasa algo?

Serafín. Pero, ¿usted no sabe?...

Carmen. Sé que Antonio el *Guapo* dice que al que se arrime a mí...

Serafín. ¡Ay! ¡Ay! (Dando muestras de miedo).

Carmen. ¿Qué le pasa a usted?

Serafín. Que me pongo grave; que estoy sintiendo calambres hasta en el revólver... Porque mire usted que si por una casualidad llegara ahora ese hombre y creyera... que yo era el... que a usted... (Se apaga la luz de la calle). le... le... daba...

Carmen. Las doce.

Serafín. Sí, las doce. La Compañía eléctrica apaga a las doce.

Carmen. Y la del gas.

Serafín. Como si los que andan por la calle a esa hora no fueran hijos de Dios.

Carmen. Bueno, pues si usted se encuentra a Juan Manué, procure usted entretenerlo, pa que no parezca por aquí esta noche, porque ese hombre va a llegar de un momento a otro.

Serafín. Me alegraría que trajera retraso. (CARMEN coge las sillas). ¿Quiere usted que le ayude?

Carmen. Nó, gracias. Hasta mañana, Serafín. (Entra CARMEN en la casa de la derecha).

Serafín. Hasta mañana... si me han dejao vivo; porque como ese hombre llegue ahora, soy cadáver. ¿Quién me mandará a mí meterme donde no me llaman? Verdá, que pa eso soy guardia. Digo, ¿eh? (Trata de marcharse y no puede). Y me he quedao más parao que el reloj de San Marco. Y el revólver descompuesto. Mía que si llegara ahora y me viera delante de la ventana, mañana me enterraban, por lo menos. Es una desgracia, como otra cualquiera, la que a mí me pasa: que en los momentos más críticos se me aflojan hasta los huesos. Y si al menos me pagaran el entierro.

Antonio. (Que ha salido por la calle de la izquierda, llegando junto a SERAFÍN). ¡Buenas noches, amigo!

Serafín. (Al verlo empieza a temblar). ¡El *Guapo*!

Antonio. Ya se lo he dejao pagao...

Serafín. ¿El entierro?

Antonio. ¿Qué entierro? El vino en la taberna. Y luégo...

Serafín. (Aparte). ¿Qué me hará luégo?

Antonio. (Por el cartucho de pescado). ¿Pedacitos? ..

Serafín. ¡Pedacitos!... (Aparte). No me van a CONOCER. (Del temblor empieza a caérsele el pescado al suelo).

Antonio. Me está dando lástima.

Serafin. ¡Ay! (Aparte). Se compadece.

Antonio. Me está dando lástima de que se le estropee a usted la cena...

Serafin. Nó; si yo, he cenao ya... Er pescao era pa mi compare...

Antonio. ¡Bueno está! ¿Es usted amigo, quizás, del hombre que pretende a la mujé que vive en esa casa?

Serafin. Yo no soy amigo de nadie, más que del teniente alcalde que me ha coloco; pero si usted quiere, mañana presento la dimisión...

Antonio. Nó, hombre, no presente usted na; y lo que tiene usted que hacé...

Serafin. Nó, si no tengo que hacé na...

Antonio. Por eso lo digo; que lo que tiene usted que hacé es retirarse de esa ventana.

Serafin. Crea usted que eso quería yo, pero me me . . dió... ¿Manda usía argo?

Antonio. Que se vaya usted.

Serafin. Ahora mismo. (Aparte). Ahora me da la puñalá... (Se dirige hacia la barbería).

Antonio. Tome usted.

Serafin. Ya está... (Temblando).

Antonio. Tome uste, pa que compre usted pescao. (Le da dinero).

Serafin. Gracias... (Al marcharse y antes de entrar en la barbería). Gracias que he podido escapar sin que toquen a banderillas.

Antonio. ¿Saldrá a la ventana o serán cosas del Pipi? (Se dirige hacia la ventana de la derecha que se abre, y aparece en ella CARMEN). Niña...

Carmen. ¿Quién?

Antonio. Yo, que vengo a decirte dos palabras antes de perderme pa toa la vía.

Carmen. Po diga usté ya, a ver si es la última vez que lo escucho.

Antonio. Estoy decidido a que a esta ventana no se acerque otro que no sea yo.

Carmen. Antes me doy a los perros ó me doy de puñalás, que conzentrilo.

Juan Manuel. (Sale por la calle de la izquierda y al ver a ANTONIO en la reja se detiene a escuchar en la esquina). ¡No me engañó el Pipi!

Antonio. Entonces, ¿pa qué has querío que viniera?

Carmen. Lo he llamao a usté, porque sé que tarde ó temprano ha de enterarse de quién es el hombre que quiero.

Antonio. Yo le aseguro a usté que como sea un cantaó, se le ha acabao el habla; si es un tocaó, no vuelve a rompé más primas en su vía, y si es un torero, no hace más el paseo.

Carmen. Pos pa que usté se entere: a quien yo quiero es a Juan Manué.

Antonio. ¡A Juan Manué!

Carmen. Sí; a Juan Manuel de mi alma. ¿Se entera usté? Y si no le he dicho nunca claro que me estoy muriendo por él, es pa que si algún día usté le dice «con esa mujé, con la tuya...» (Llorando). Pero, no pueo más... Y como Juan Manué en na le ha ofendió a usté..., tenga usté lo que tienen los hombres de corazón, y déjelo usté a él, y déme usté a mí una puñalá, pa que descanse mi cuerpo.

Antonio. ¿Tanto quieres a ese hombre?

Carmen. ¡Tanto lo quiero!

Antonio. ¡Po no me llores más, Carmelita; no me llores más! Mira que yo no soy tan malo como crees. Mira que yo... no pueo ver llorá a las mujeres

Carmen. Pos tenga usté lástima de mí y deje tranquilo a Juan Manué, que es un hombre de bien.

Antonio. ¡Ea, basta de llanto! Sécate las lágrimas, y puedes estar tranquila: yo te doy mi palabra de hombre de que Juan Manué es sagrao pa mí, y de que no volveré a verte, ni volveré a mentarte pa na; y si te miento, será pa quitarme el sombrero, como ahora. (Se quita el sombrero). Buenas noches. (Al separarse de la ventana). ¡Está visto, no pueo ver llorá a las mujeres!

Juan Manuel. (Saliendo al encuentro de ANTONIO). Buenas noches, Antonio.

Antonio. Buenas, Juan Manuel.

Juan Manuel. Si usté me lo permite, tenemos que hablar.

Antonio. Si usté quiere podemos entrar ahí dentro. (Por la taberna).

Juan Manuel. No hace farta.

Antonio. Entonces, ya puede usté empezá a decí lo que quiera; que tengo mucho gusto en escucharlo a usté.

Juan Manuel. Usté no se piensa de lo que vamos a hablá...

Antonio. Yo, nó; pero usté me lo dirá, y así me evito quebraderos de cabeza

Juan Manuel. Yo creo que habrá bastante con que le diga que he estao escuchando lo que ha hablao usté con Carmelita por esa ventana.

Antonio. ¡Camará, mala posturilla ha sío esa pa un hombre de los méritos de usté!

Juan Manuel. En eso tiene usted razón: no es der to garbosa. Pero yo necesitaba enterarme de una cosa, y ahí lo tiene usted explicao...

Antonio. ¡Bueno, hombre! ¡Bueno está! ¿Y por dónde se entero usted de que yo estaba aquí?

Juan Manuel. ¿Por dónde quiere usted que sea? Por el más traicionero der barrio...; y yo, la verdá, como la cosa me interesaba, vine; lo ví a usted; me puse a escuchá y me eché la retranca; y me enteré der secreto de esa mujé... y de to lo demás.

Antonio. ¡Bueno está, hombre! ¡Bueno está!

Juan Manuel. Y ya usted comprenderá que yo quiero a esa mujé; y que no me puedo casá con ella mientras usted parpagué, mientras háiga en er mundo un hombre que pueda hacerle bajar los ojos de vergüenza; y usted, que es un guapo, me dirá si me sobra razón pa queré que uno de nosotros vaya esta noche a la piedra.

Antonio. Sí que tiene usted razón. Pero usted recordará que yo no pueo pelear con usted, porque le tengo dao mi palabra de hombre...

Juan Manuel. Se la devuelvo; no vaya usted a creer que me valgo de la ocasión.

Antonio. No creo eso, y menos de usted. Pero antes de que suceda lo que tenga que sucedé, hágame usted er favó de decirme quién fué er que le dijo que yo estaba hablando con Carmelita.

Juan Manuel. ¿Quién quiere usted que sea? ¡Un judas! Uno, que no atreviéndose conmigo cara a cara, nos ha colocao a los dos frente a frente. Uno que está pidiendo una puñalá, no ya en el otro carrillo, sino en mitad del corazón, por lo cobarde y traicionero que es.

Antonio. ¡Ah! El Pipi.

Juan Manuel. Ese...

Antonio. Pues cuando usted quiera despachamos el asunto. Pero que conste que, sea el que sea al que le toque perder, que quien lo mata es el Pipi.

Juan Manuel. ¡Palabra de hombre!.

Antonio. Palabra de hombre. (Se dan la mano). ¿Y si no muere?...

Juan Manuel. No se cause usted: tira usted muy bien, y quiero yo mucho a esa mujé, pa que no muera uno de los dos.

Antonio. Vamos. (Vánse por la calle de la izquierda)

Carmen. (Desde la ventana). ¡Juan Manuel!

El Pipi. (Qué ha estado escuchando desde la esquina de la derecha, saliendo y al marcharse por la calle de la izquierda). ¡Ya esto se acabó!

Carmen. (Saliendo por la puerta de la casa de la derecha y llamando). ¡Serafín! ¡Maestro!

Juan Manuel (Dentro). ¡Tire usted con la derecha!

Serafín. (Asomándose a la puerta de la barbería con el revólver en la mano y tocando el pito). Ya... ya...

Manuel. (Saliendo). ¡Catalina, asómate al balcón!

Serafín. (A CARMEN). ¿Cu... cuántos muertos?

Pepe. (Saliendo de la taberna con RAFAEL). Pero, ¿qué es esto?

Rafael. ¿Qué pasa?

Carmen. (Señalando a la calle de la izquierda). Por allí... (Vánse RAFAEL y PEPE por la izquierda).

El Pipi. (Dentro). ¡Socorro! ¡Socorro!

Manuel. ¡Vaya usted, compare, vaya usted!

Serafín. ¡Que vaya la maestra, si le parece! (Al ver a JUAN MANUEL, que sale por la izquierda). ¡Juan Manuel!

Carmen. (A JUAN MANUEL). ¡Ay, mi Juan Manuel!

Juan Manuel. (A CARMEN). ¡Lo maté!

Carmen. ¿Muerto?

Juan Manuel. (Tapándole la boca con la mano). ¡Calla!

(Traen entre PEPE, RAFAEL y EL PIPI a ANTONIO. SERAFÍN, al verlo, trata de acercarse y se retira después de la frase siguiente, volviendo luego a acercarse).

Rafael. Parece que respira...

Pepe. ¡Una silla!

Rafael. Quiere hablar...

Serafin. ¿Quién lo ha herido?

Antonio. (Señalando a EL PIPI). Ese... El Pipi...

El Pipi. Yo nó...

Manuel. Si mi mujé lo ve, sí que me resulta guapo. .

Serafin. (Cogiendo a EL PIPI). Con este me atrevo yo.

Juan Manuel. (A CARMEN). Yo tengo un secreto tuyo; tú tienes otro mío; ¿vamos a cambiarlo?

Carmen. (Abrazándose a JUAN MANUEL). ¡Tuya siempre, Juan Manuel! (CUADRO).

Sevilla, Diciembre de 1914.

OBRAS DE JOSÉ LUÍS MONTOTO

- El Farolito de Animas*, juguete cómico en un acto.
La loca del 3.º, juguete cómico en un acto.
La literata, juguete cómico en un acto
Las guerreras, juguete cómico lírico en un acto.
La pava, entremés en prosa.
El torero del barrio, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros.
Amor al vuelo, comedia en un acto.
El tres de Mayo, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso.
La última muñeca, entremés en prosa (2.ª edición).
Los armaos, apropósito en verso
Pájaros y flores, comedia en un acto.
Coincidencia, diálogo en prosa.
¡Llegó la hora!, entremés en prosa.
Los millones, comedia en dos actos.
Salto en la escala, juguete cómico en un acto.
Los juguetes, paso de comedia.
Sevilla 1914, fantasía en un acto, dividido en seis cuadros y un intermedio musical, en prosa y verso.
La volatinera, comedia lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros.
El Tenorio taurino, casi parodia del inmortal drama de Zorrilla, en un acto, dividido en cuatro cuadros, en verso.
...Y también lloro!, paso de comedia.
Palabra de hombre, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros.





